

Palabras con domicilio

La 'mamadre' de Neruda

«Yo alabo al Eterno Padre/ no porque las hizo bellas/ sino porque a todas ellas/ les dio corazón de madre» (del Martín Fierro)

HIPÓLITO
Gómez
de las Roces



El otro día, releendo poemas, tropecé con uno conmovedor que Pablo Neruda, alguna vez político de conveniencia y persona difícil de descifrar, dedicó a doña Trinidad Marverde, su «mamadre», a la que «nunca pude decirle madrastra», reconocía el poeta, en la hermosa oda que le dedicara.

El padre de Neruda era ferroviario, creo que maquinista y por razón de su oficio, pasaba jornadas enteras fuera de la casa familiar. Al quedarse viudo, contrajo nuevo matrimonio y Neruda hijo elogió generosamente, cuánto representó en su vida de niño, aquella advenediza, «dulce como la tímida frescura del sol en las regiones tempestuosas, / lamparita / menuda y apagándose / encendiéndose / para que todos vean el camino».

Siendo tan natural que el cónyuge viudo procurase nueva compañía, hay una sórdida tradición de cuentos infantiles y de otros relatos, que atribuye a esa madre sobrenada de hijos ajenos, una leyenda de persona intratable y dura con ellos, no sólo por no ser propios sino para demostrarles su despego; eso será cierto alguna una vez e injusto en las restantes.

Una porción de los recuerdos que guar-

do de mi infancia están ligados al segundo matrimonio de dos cónyuges viudos y que aportaron a esa nueva unión, hijos de vínculos anteriores y que, contando los que tuvieron después, reunieron ocho hijos en total, en una sola y ejemplar familia.

La mala estampa de la madrastra de aquellos cuentos, allí no se notaba; ni la madre ni el padre se comportaron peyorativamente como madrastra o padrastra ni tampoco los hermanos parecían hermanastros. Vivimos con ellos iacogidos en su casa! durante una temporada de la guerra civil y aunque fuera uno muy niño, jamás olvidaré el hospitalario amparo que nos prodigaron dentro de las forzosas privaciones de tiempo tal. Aquel padre y el nuestro, compañeros de Cuerpo, perderían sus vidas en aquella incivil contienda.

Neruda se muestra tiernamente con doña Trinidad Marverde, como quizá no lo hiciera con nadie en sus restantes poemas: «oh dulce mamadre/ nunca pude decir madrastra/ ahora/ mi boca tiembla para definirte/ porque / apenas abrí el entendimiento/ vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro/ la santidad más útil/ la del agua y la harina/ y eso fuiste: la vida te hizo pan/ y allí te consumimos/ invierno largo e invierno desolado/ con las goteras dentro de la casa/ y tu humildad ubicua/ desgranando/ el áspero cereal de la pobreza/ como si hubieras ido/ reparando/ un río de diamantes».

Para mi, no ha sido posible ni deseable, olvidar esos versos de Neruda que son a mi juicio, una reivindicación de las madrastras

que tantas veces ponen sus vidas, al servicio generoso y abnegado de cuantos les cayeron en suerte cuidar y supieron o saben asumir carga tan abnegada como ser madres de hijos que no tuvieron, sin merecer maledicencia alguna y sí, tiernas loas.

En aquel tiempo terrible de la guerra, la más dolorosa que acaso haya padecido España en toda su historia, como lucha de hermanos que desgraciadamente fué, hubo infinidad de criaturas que necesitaron esa mano blanda y enérgica de una mujer que supliera la ausencia de la madre. En mi familia, mis hermanos y yo que era el benjamín, dispusimos de otra vía, la de una hermana de nuestra madre, mi madrina, mujer templada como el acero, que suplió las ausencias obligadas de la madre mientras buscaba el pan posible para su marido, nuestro padre enfermo y preso y para cinco hijos hambrientos.

Aprovecho otros versos de la misma oda: «ay mamá, ¿cómo pude/ vivir sin recordarte/ cada minuto mío?/ no es posible. Yo llevo / tu Marverde en mi sangre/ el apellido/ del pan que se reparte /de aquellas /dulces manos / que cortaron del saco de la harina/ los calzoncillos de mi infancia/ de la que cocinó, planchó, lavó/ sembró, calmó la fiebre/ y cuando todo estuvo hecho/ y ya podía/ yo sostenerme con los pies seguros/ se fue, cumplida, oscura, al pequeño ataúd/ donde por vez primera estuvo ociosa / bajo la dura lluvia de Temuco».

Las mujeres suelen llevar en el más íntimo rincón del alma, una vocación de madres aunque no la ejerzan. Algo de ello nos pasa a los varones sólo que nos ocurre de otras maneras más intrascendentes, ibenditas Evas! ≡

Una cosa de locos

FRAN
Osambela
Navarro*



Y tú también

Cada legislatura produce sus propios lugares comunes, sus remolinos retóricos y sus cantinelas. En la presente ha calado sobre todo el y tú más en una confrontación (no confundir con debate) entre dos: los que han gobernado desde 1982. La causa última ha sido el continuo chorreo de casos de saqueo y despilfarro públicos, de la Gürtel a los ERE en Andalucía, donde ambos se han esforzado por cuantificar la desvergüenza ajena, pero sin que ninguno haya querido (o podido) volver a la casilla de salida de la decencia, en la que nada se tiene que ocultar ni temer.

Lo ha intentado el PSOE, pero su apuesta por las primarias les ha estallado en la cara, y su modo de desdecirse sobre esa línea roja de la imputación de cargos que ellos mismos se autoimpusieron les desacredita si no les desautoriza. Lo del PP bunkerizado y negando alusiones de evidencias no deja de ser el enrocamiento clásico de un partido que gobierna. Lo hemos visto desde que se desintegró la UCD: ninguna formación política ha ganado a pulso de discurso unas elecciones; lo decisivo ha sido que

Los viejos propietarios

del 'y tú más' exigen ahora a los novatos un nivel de decencia superior al propio

el otro las ha perdido en cualquier error (o cúmulo de errores), porque hasta ahora la corrupción no ha sido sancionada en las urnas.

Sin embargo, los últimos meses, con sus CIS correspondientes, muestran un horizonte más amplio con cuatro partidos que pueden ser decisivos (algo que también ocurre en otros países de nuestro entorno). En España hay una clara distinción entre nuevas y viejas apuestas. Solo así se entiende que Podemos y Ciudadanos irrumpen en espacios ideológicos que ya estaban bien ocupados. Su fulgurante avance marca una ruptura y una respuesta fresca a un profundo y extendido hartazgo.

Pero lo llamativo es que el y tú más ha dejado paso al y tú también. Con ese latiguillo se exige a los novatos un nivel de pulcritud superior al propio, para después tratar de arrastrarles al fango común de la incoherencia inevitable, inmoral y presuntamente ilegal donde todo parece moverse. Y como aún se puede ir a peor, queda esperar a que el desarrollo de las múltiples precampañas eleve el nivel de chulería, porque es cuestión de días que pasemos al más desagradable y tú qué. ≡ *Periodista

Al trasluz

Perplejidad del vacío

MARÍA JOSÉ
González
Ordovás*



El invierno es la estación más despiadada. No me sorprende que suene tan parecida a infierno, ambos términos se asemejan en lo implacable y dominante por completo ajenos a quienes «acompañan». Mientras que la del verano es la compañía de un cortejo, la del invierno recuerda más a la de una escolta que impone su presencia sin mediar invitación ni llamada. Es curioso observar cómo actúa sobre nosotros la dureza invernal: si por un lado nos aparta del resto hasta incluso aislarnos en ocasiones, cuando las inclemencias del tiempo no se andan con chiquitas, por otro nos demuestra hasta qué punto somos frágiles y no somos sino naturaleza que reconoce naturaleza. Somos vida y como toda vida somos ida, vuelta, cambio.

Este martes día 17 quien fuera decano de nuestra Facultad de Derecho por mucho tiempo, once años, Don Manuel Ramírez, catedrático de Derecho Político en su día, cuando fuera profesor mío, de Derecho Constitucional después cuando los planes

de estudio se acompasaron a los tiempos y las exigencias normativas, se ha ido y como la naturaleza que todos somos ha vuelto a ella. Esta misma semana de este duro invierno se nos han ido más, más de los nuestros han vuelto a la naturaleza que siempre, con más o menos prisa, más o menos disimulo nos está esperando.

Desde hace unos años, por el vacío que los nuestros dejan al irse, sé que no morimos una sino varias veces. Cada vez que lo hace aquel a quien amamos, aquel por quien vivimos, aquel por quien no hay pena que no merezca la pena transitar. Se fue

La muerte es obstinada y dispone de tiempo, tiempo es lo que le sobra para mostrarnos su natural e inapelable soberanía

mi padre y lo descubrí con la rotundidad de un desgarrar profundo, como un rayo seco y mudo y vencedor. Se fue y al irse junto con la inmensa tristeza de su ausencia nos dejó la perplejidad, la perplejidad del vacío, del arrebatado de la voz, de la risa, la mirada, el rostro.

Decía uno de mis maestros que «los hechos necesitan tiempo aun después de haberse realizado para ser vistos y oídos». Pe-

ro la muerte es obstinada y dispone de tiempo, tiempo es lo que le sobra para mostrarnos su natural e inapelable soberanía.

De algún modo al marcharse el profesor Ramírez todos en la Facultad de Derecho nos hemos quedamos un poco huérfanos, un poco más huérfanos, más sus discípulos y compañeros de departamento claro, pero todos le recordaremos elegante y algo altivo en sus clases concisas pero completas, en aquella aula inmensa de la Facultad de Ciencias donde nos citábamos, siempre a rebotar de gente y de conceptos, aquellos nuevos y fascinantes conceptos que a nosotros nos parecía que él, el profesor Ramírez, había traído de otro mundo, de otra época, solo para nosotros, todos para nosotros.

Vivió la universidad de tal modo que, por mucho tiempo, se identificó nuestra facultad con su persona, su persona con Derecho y Derecho con la Universidad. Desde aquí, el reconocimiento de una exalumno que sin falta acudía a sus clases impresionada y algo asustada de cuánto sabía su profesor de Derecho Político. Que él y todos los nuestros descansan por siempre en paz. ≡

*Profesora de Derecho.
Universidad de Zaragoza